SI QUIERES VENIRTE CONMIGO

San Alfonso Mª de Ligorio
Doctor de la Iglesia

"Si alguno quiere venir en pos de mi,
niéguese a sí mismo, cargue cada día
con su cruz y sígame (Lc. 9,23).



INTRODUCCION

Para poder entender el por qué de la penitencia, es preciso poder entender el por qué de la vida.

Hay muchos que dicen: “Dios es bueno, ¿cómo va a querer vernos sufrir? A Dios no le puede gustar vernos hacer penitencia, sino que seamos felices y nos lo pasemos bien”.

Es cierto que Dios quiere hacernos felices; pues precisamente para eso nos creó, para compartir con nosotros eternamente la gran felicidad que Él disfruta en el Cielo. Pero Dios es un Dios justo, y no puede dar la felicidad a cualquiera, sino que la dará como premio a los que se la ganen en esta vida.

Si Dios hubiera querido regalarnos la felicidad, no nos hubiera creado en este mundo, sino en la Gloria. No hay duda que Dios puede regalar el Cielo, y, ciertamente, se lo regala a muchos niños que nacen y mueren bautizados sin apenas sufrir. Pero como Él dijo a los Apóstoles. *“en el Cielo hay muchas moradas”* (Jn. 14,2) y, según frase de Santa Teresa, es muy grande la diferencia que hay de la felicidad de unos a la felicidad de otros dentro del mismo Cielo. Cuanto más se haya amado a Dios en la tierra, más grande será la felicidad eterna de cada uno en el Cielo.

La Biblia, que es la palabra de Dios, nos asegura que "Dios recompensará a cada uno según sus obras" (Rm.2,6; 2Cor.11,15; 2Tm.4,14, 1Ped.1,17; Ap.2,23; 20,13;22,12).

Según la Biblia, la gloria de cada uno en la eternidad del Cielo está estrechamente relacionada con los trabajos que haya sufrido en este mundo por el amor de Dios. Y no puede ser de otra manera.

Por eso, como Dios quiere que seamos allí muy felices, es por lo que en este mundo nos manda tantas cruces y trabajos. No es que a Dios le guste vernos sufrir; todo lo contrario: quiere que seamos muy felices y dichosos, y es por eso por lo que quiere que aquí suframos muchos trabajos, porque son indispensables para conseguir la gloria del Cielo.

Suframos, pues, los trabajos con gusto, porque Dios es muy generoso y paga mucho más de lo que merecemos. Nos lo dice la Escritura: "Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación de aquella gloria que para siempre se manifestará en nosotros" (Rm.8,18).

Es cierto que Dios nos creó para que seamos felices; pero no en este mundo, sino en el Cielo. Y para conseguir el Cielo no hay más remedio que padecer y sufrir; porque, como dice la Biblia. "Es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el Reino de Dios" (Hech.14,22).

El Editor

LA MORTIFICACION DE LOS SENTIDOS

Ángeles o bestias

Sin poderlo remediar, los pobres hijos de Adán tenemos que estar en continua guerra hasta la muerte, *pues la carne se inclina a lo contrario que el espíritu, y el espíritu a lo contrario que la carne* (Gal.5,7).

Pues si es propio de los brutos atender a la satisfacción de los sentidos, y propio de los ángeles atender a la voluntad divina, con razón dice un autor que si nosotros atendemos también a hacer la voluntad de Dios, nos convertiremos en ángeles, y si nos damos a satisfacer los sentidos, nos convertiremos en brutos. O ponemos el cuerpo bajo el poder del alma, o quedará el alma bajo los pies del cuerpo. A nuestro cuerpo es necesario tratarlo como trata un domador a un caballo salvaje: tirándole siempre de la rienda, para que no lo desarzone, o como trata un médico a un enfermo, al cual le prescribe lo que le repugna, que son las medicinas, y le prohibe lo que más le ape-

tece, que son los manjares y las bebidas. De seguro que un médico que rehusara recetar medicinas porque son amargas, y permitiera al enfermo lo que le daña porque es agradable, sería cruel. Pues esa es la gran crueldad que los sensuales tienen con su alma, a la que ponen en gran peligro de ruina, por no hacer sufrir un poco al cuerpo en esta vida, y el mismo cuerpo se pone en riesgo de sufrir, junto con el alma, tormentos muchos más horribles durante la eternidad. "Esta falsa caridad -escribe San Bernardo- destruye la caridad; esa compasión rebosa crueldad, porque se sirve al cuerpo de tal modo, que el alma queda estrangulada." Y el mismo santo, hablando a los hombres carnales que se burlan de los siervos del Dios que mortifican su cuerpo, les dice: "Seremos nosotros crueles castigando la carne; pero vosotros, perdonándola, sois más crueles". Nosotros somos crueles castigando el cuerpo con penitencias; pero más crueles sois vosotros saciándolo de regalos en esta vida, porque así los condenáis, junto con el alma, a tormentos muchos mayores en la eternidad. Muy sabia fue, según esto, la respuesta de aquel buen solitario de que habla el padre Rodríguez; maceraba tan extraordinariamente su cuerpo, que alguno le preguntó por qué lo castigaba tanto, y él respondió: "Atormento a quien me atormenta" y me quiera dar muerte. De igual modo respondió el abad Moisés cuando le reprendieron por su excesiva penitencia: "Que aflojen las pasiones y aflojaré yo"; que deje la carne de molestarme y dejaré yo de mortificarla.

Necesidad de la penitencia

Si queremos, pues, salvarnos, y dar gusto a Dios, hay que reformar los gustos; debemos apetecer lo que rechaza la carne, y debemos rechazar lo que la carne apetece. Eso es lo que indicó un día el Señor a San Francisco de Asís: "Si quieres poseerme, toma lo amargo por dulce y lo dulce por amargo".

No se objete, como hacen algunos, que la perfección no consiste en mortificar el cuerpo, sino en contrariar la voluntad; a ésos les responde el padre Pinamonti: "Sin duda que la valla de zarzas no es el fruto de la viña; pero ella es la que guarda el fruto, y sin ella el fruto desaparecería"; como dice el Eclesiástico: *Donde no hay cercado desaparecen los frutos*. San Luis Gonzaga, aun siendo de quebrantada salud, tanta avidez tenía de mortificar su cuerpo, que su única preocupación era buscar mortificaciones y penitencias, y cuando alguien le dijo un día que no consistía en aquello la santidad, sino en la abnegación de la voluntad, respondió muy sabiamente con el Evangelio: *Eso hay que hacer, pero no hay que omitir lo otro* (Mt.36,27); con lo cual quería decir que, siendo lo más necesario la mortificación de la propia voluntad, no deja de ser necesaria la mortificación del cuerpo, para tenerlo a raya y sujeto a la razón. Por eso el Apóstol decía: *Castigo mi cuerpo y lo trato como a un esclavo* (1 Cor.11,27). Si el cuerpo no está castigado, difícilmente se somete a la ley; por eso San Juan de la Cruz, hablando de algunos que no

aman la mortificación, y, tomando aires de maestros del espíritu, desprecian la mortificación externa y disuaden de ella a los demás, escribió. "Si en algún tiempo le persuadiere alguno, sea o no prelado, doctrina de anchura y más alivio, no la crea ni la abrace, aunque se la confirme con milagros, sino penitencia y más penitencia y desasimiento de todas las cosas".

La carne es nuestro gran enemigo

El mundo y el demonio son grandes enemigos de nuestra alma, pero el peor de todos es la carne, porque habita dentro de casa, y, como dice San Bernardo, "nadie hace más daño que un enemigo doméstico". Una plaza sitiada no tiene peores enemigos que los que viven dentro, porque es mucho más difícil precaverse contra ellos que contra los enemigos sitiadores.

Es sentencia de Santa María Magdalena de Pazzi: "No hay que tener con el cuerpo más consideración que con un trapo de cocina". Y, en realidad, así han hecho los santos con su cuerpo. Así como los mundanos no tienen más preocupación que saciar el cuerpo de placeres sensuales, así las almas amantes de Dios no piensan más que en aprovechar todas la ocasiones para mortificar su carne.

San Pedro de Alcántara hablaba así a su cuerpo: "Calla, cuerpo mío; yo te prometo que en esta vida no te he de dar reposo; al contrario, te someteré al

tormento; cuando vayamos al Cielo descansarás en un reposo que no tendrá fin". Lo mismo practicó Santa María Magdalena de Pazzi, hasta tal grado, que al fin de su vida pudo decir que no recordaba haberse dado un gusto que no fuera en Dios. Leamos las vidas de los santos, y veamos las penitencias que hicieron, y sintamos vergüenza de ser tan delicados y tan considerados en afligir nuestra carne.

Se lee en las vidas de los padres antiguos, que había un gran monasterio de religiosas donde no se probaba fruta ni vino; algunas no tomaban alimento más que por la tarde; otras, después de dos o tres días de riguroso ayuno; todas vestían cilicio, y no se lo quitaban ni para dormir.

No pretendo yo que hagan otro tanto las religiosas de hoy; pero ¿sería demasiado pedir que se disciplinaran con frecuencia todas las semanas; que llevaran el cilicio, hasta la comida, a raíz de la carne; que se abstuvieran de calentarse, en invierno, algún día a la semana, o en las novenas de sus devoción; que se privaran de fruta o de dulces, y que ayunaran el sábado a pan y agua, o por lo menos no hicieran más que una comida, en honor de la Madre de Dios?

Excusas

Alguno dirá, quizá: yo estoy enfermo, y el director no me permite hacer penitencias. -Muy bien: obedeced, pero abrazaos, en cambio, con tranquilidad con todas las molestias de vuestra enfermedad, y sobre-

llevad las incomodidades que consigo traen las diversas estaciones, de frío o de calor. Y si no podéis mortificar vuestro cuerpo con penitencias positivas, procurar suplir, absteniéndoos de algunos gustos lícitos.

Cuando San Francisco de Borja salía de caza de cetrería, "e iba a volar una garza, al mejor tiempo, al tiempo que el halcón hacía su presa y la mataba, él bajaba sus ojos..., privándose de aquel contento y recreación que con tanto trabajo había buscado todo el día".

San Luis Gonzaga se abstenía de mirar los espectáculos más sabrosos de las fiestas a que tenía que asistir.¿No podríais también vosotros hacer estas y parecidas mortificaciones? Cuando al cuerpo se le niegan los gustos lícitos, no se aventura a buscar los ilícitos; pero cuando no se le niega ninguno de los gustos lícitos, no tardará en conseguir alguno de los ilícitos.

Además, como advertía el gran siervo de Dios, padre Vicente Carafa, S. J., el Señor nos ha dado las cosas agradables de este mundo, no sólo para que gocemos de ellas, sino también para darnos ocasión de complacerle, ofreciéndole sus mismos dones; es decir, privándonos de sus delicias para demostrarle nuestro amor. Es cierto que algunos placeres inocentes parece que son una ayuda para la debilidad humana, y nos predisponen mejor para los ejercicios de devoción; pero no hay que olvidar que, generalmente, los placeres de los sentidos son veneno para el alma, porque la hacen esclava de las criaturas, y, por tanto, hay que tomarlos como se toma el veneno,

que si alguna vez, debidamente dosificado, puede ser remedio para la salud, sin embargo, nunca deja de ser veneno, y debe tomarse, por tanto, con toda cautela y moderación; así también esos placeres honestos han de tomarse, no como golosina, sino como necesidad, en cuanto nos ayudan a servir mejor a Dios.

El ejemplo de los santos

Una cosa que es muy necesario tener en cuenta es que los enfermos deben cuidar mucho de no poner enferma el alma por afán de curar el cuerpo, y el alma estará mortificada siempre que la carne no esté mortificada. San Bernardo se expresa así: "Compadezco a los cuerpos enfermos, pero más compasión me dan, porque me dan más miedo, las almas enfermas". ¡Cuántas veces, con pretexto de enfermedad, nos permitimos libertades que no tienen razón justificada!

Santa Teresa prevenía a sus hijas contra ese peligro: "Y no nos ha venido la imaginación -decía- de que nos duele la cabeza cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata: un día, porque nos dolió, y otro, porque nos ha dolido, y otros tres, porque no nos duela" (Cam. de Perf.c.10). Y un poco más adelante decía la santa a sus monjas: "Si no nos determinamos a tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca haremos nada. Procurad de no temerla y dejaros toda en Dios, venga lo que viniere. ¿Qué va en que muramos? De cuantas veces nos ha burla-

do el cuerpo, ¿no burlaríamos alguna del? Y creed que esta determinación importa más de lo que podemos entender; porque de muchas veces que poco a poco lo vamos haciendo, con el favor del Señor, quedaremos señoras de él" (Ibíd 11).

Oíd a San José de Calasanz: "¡Ay de aquel religioso que ama más la salud que la santidad!" San Bernardo decía que era cosa indigna de religiosos tomar medicinas de subido precio, y que debían contentarse con tisanas o hierbas cocidas. Yo no exijo tanto; pero sí afirmo que no puede ser muy espiritual un religioso que anda siempre reclamando médicos y remedios, y exige que le vean otros, además del médico de cabecera, y trae con su enfermedad alborotado el convento.

Salviano decía que "los servidores de Cristo suelen estar enfermos y desean las enfermedades; estando robustos, difícilmente se santifican".

Leed, en efecto, las vidas de Santa Rosa, Santa Teresa, Santa María Magdalena de Pazzi y otras muchas, sobre todo de religiosas santas.

La venerable Beatriz de la Encarnación, primera hija espiritual de Santa Teresa, estando hecha un retablo de dolores, por las enfermedades, decía que no hubiera cambiado su suerte por la de la princesa más afortunada de la tierra. A pesar de padecer tanto, nunca se quejaba; así que un día le dijo bromeando una hermana " que parecía de unas personas que hay, muy honradas, que aunque mueran de hambre, lo quieren más que no que lo sientan los de fuera".

Concluyamos, pues, que, si a causa de las enfermedades no podéis hacer grandes mortificaciones, debéis, por lo menos, abrazaros gustosos con todas las enfermedades que el Señor os envíe. Quizá las enfermedades así sobrellevadas os hagan llegar a la perfección del espíritu mejor que las penitencias corporales.

Muy bien advertía Santa Sinclética. "Así como las medicinas curan los males del cuerpo, las enfermedades del cuerpo curan los vicios del alma".

Frutos de la mortificación

Y veamos ahora los grandes bienes que trae al espíritu la mortificación del cuerpo.

Nos aparta, en primer lugar, de los gustos de los sentidos, que hieren y con frecuencia matan el alma. "Las heridas que hace la caridad -según Orígenes- nos hacen insensibles a las heridas de la carne". Las mortificaciones nos sirven también de expiación de nuestras culpas en esta vida. Al que ofendió a Dios, aunque se le haya perdonado la culpa, le queda todavía por satisfacer la pena temporal, y si en esta vida no la satisface, tendrá que satisfacerla en el purgatorio, donde las penas serán mucho mayores: *Los que no hicieren penitencia* -dice el Espíritu Santo- *sufrirán tormentos gravísimos en el otro mundo* (Ap. 2,22).

Su gravedad se puede ver por el siguiente caso, que cuenta San Antonino: Propuso un ángel a cierto

enfermo que escogiera entre estar tres días en el purgatorio o dos años en cama, con la enfermedad que padecía; el enfermo se decidió por los tres días de purgatorio; pero no había pasado apenas una hora y el enfermo se quejaba ya al ángel de que, en vez de tres días, le hacían pasar años enteros de purgatorio. Pero el ángel le respondió: "¿Qué dices? Todavía está caliente tu cadáver en el lecho donde has muerto, ¿y ya hablas de años?".

Si queréis, pues, sufrir con alegría, figuraos que todavía os quedan quince o veinte años de vida y decid: "Aquí estoy pasando un purgatorio; sucumba el cuerpo, con tal de que triunfe el espíritu".

La mortificación, además, eleva el alma a Dios. San Francisco de Sales decía que nunca podrá levantarse hasta Dios un alma si la carne no está deprimida y mortificada. Santa Teresa tiene preciosas máximas sobre esta materia: "Pues creer que admite (Dios) a su amistad estrecha gente regalada y sin trabajos es disparate". "Regalo y oración no se compadece". "¡Oh caridad de los que verdaderamente aman a este Señor! ¡Qué poco descanso podrán tener si ven que son un poquito de parte para que un alma sola se aproveche y ame más a Dios!"

Grandes méritos

Otra ventaja de la mortificación es procurarnos gran caudal de gloria en el cielo. Decía el apóstol San Pablo: *Si los atletas se abstienen de todo lo que*

puede disminuir sus fuerzas e impedirles la conquista de una corona perecedera, ¿cuánto más lo deberemos hacer nosotros para ganar la corona incorruptible? (1 Cor. 9,27). San Juan vio a los bienaventurados con *palmas en las manos* (Ap. 7,9). Con lo cual nos enseña que, si nos hemos de salvar, ha de ser como mártires, ya sea por el hierro, a manos del tirano, o por la mortificación a nuestras propias manos. Pero no olvidemos que, *por mucho que suframos, todo ello será poco o nada en comparación de la gloria que por ello nos espera en el paraíso (Rm. 8,18). Porque estas momentáneas y leves mortificaciones nos producen una inmensa y eterna cantidad de gloria* (2 Cor. 4,17).

Reavivemos la fe

Reavivemos, pues, nuestra fe. Nuestra permanencia en la tierra es breve. Nuestra mansión es la eternidad, y allí gozará quien más se haya mortificado en esta vida. Los santos son, según las palabras de San Pedro, *los sillares vivos con que está construida la Jerusalén celestial* (1 Pd.2,5); sillares que "tienen que labrarse previamente en la tierra a golpes del cincel de la mortificación", como canta el himno litúrgico de la Dedicación de la Iglesia.

Figurémonos, pues, que cada golpe de la mortificación es un golpe de martillo que nos labra para el cielo: este pensamiento nos hará dulce todo dolor y toda fatiga. Si a uno se le concediera todo el terreno

que recorriera caminando a pie durante un día, ¡qué agradables le serían las fatigas del camino!

En el *Prado espiritual* se cuenta que un monje quiso cambiar de celda para estar más cerca del pozo del agua; pero yendo un día desde su celda a buscar el agua, oyó que alguien, por detrás; le iba contando los pasos; volvió la cabeza y se encontró con un joven, que le dijo: "Yo soy el ángel del Señor, que voy contando tus pasos para que ninguno quede sin recompensa". Con lo cual, el monje perdió los deseos de cambiar de celda, y más bien deseaba que estuviera todavía más lejos, para ganar más méritos.

Alegría de agradar a Dios

Y no sólo produce la mortificación paz y alegría en la otra vida, sino también en la presente. ¿Qué mayor contento puede tener un alma amante de Dios que saber que da gusto a Dios, como se lo da con la mortificación? La misma privación de los gustos del sentido, la misma pena de la mortificación, es para el que ama a Dios una verdadera delicia, no del cuerpo, claro está, sino del alma. El amor no sabe estar ocioso, y por eso el que ama a Dios tiene que estar de continuo dándole pruebas de su amor; ¿y qué mayor prueba de amor puede dar el alma a Dios que la privación de todo deleite temporal y la aceptación de las penas? Si penas pueden llamarse, para el alma enamorada de Jesucristo, las molestias de la mortificación. "El que ama, no sufre en los trabajos", afirma San Agustín.

"¿Quién ve al Señor -pregunta Santa Teresa- cubierto de llagas y afligido con persecuciones, que no las abrace y las ame y las desee?" San Pablo, por su parte, no tenía mayor gloria ni mayor placer que abrazarse con la cruz de Jesucristo. Y según el Apóstol, la gran señal que distingue a los que aman a Cristo de los que no le aman es ésta: *Los que son de Jesucristo crucifican su carne con sus vicios y concupiscencias* (Gal.5,24), y, en cambio, los que son del mundo, la halagan y satisfacen.

Sacad, pues, esta conclusión. La muerte se acerca y, hasta ahora, poco hemos hecho para ganar el cielo. Debemos, pues, mortificarnos cuanto podamos de hoy en adelante, privándonos, por lo menos, de aquellos gustos que nos reclama el amor propio, aprovechando para ello todas las ocasiones que se presenten, como nos lo advierte el Espíritu Santo: *No desperdiciéis ni una migaja de un don tan precioso* (Ecli. 14,14).

Sí; pensad que es un verdadero don de Dios aquella ocasión de mortificarnos, que os permite amontonar ganancias para el cielo, y pensad que lo que podéis hacer hoy no lo podréis hacer mañana, porque el tiempo pasa y no vuelve.

LA MORTIFICACION INTERIOR O ABNEGACION DE SI MISMO

Daños del amor propio

Hay dos clases de amor propio: uno es bueno y otro es malo. El bueno es aquel que nos lleva a procurarnos la vida eterna, último fin para que el que fuimos creados. El malo es el que nos lleva a procurar los bienes de la tierra, con detrimento del alma y con disgusto de Dios.

Según San Agustín, "la ciudad celestial la edifica el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo; la ciudad terrena la edifica el amor propio hasta el desprecio de Dios". Por eso dice Jesucristo: *El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo* (Mt.16,24). He ahí un compendio de perfección: *niéguese a sí mismo;* sin negarse a sí mismo no se puede seguir a Jesucristo.

"Un aumento de caridad -escribe San Agustín- trae una disminución de apetitos; la perfección es ausencia de apetitos". Es decir, que cuando menos atiende uno a sus pasiones, tanto más ama a Dios, y cuando nada desea fuera de Dios, entonces llegó a la perfección del amor. Pero en el presente estado de la naturaleza, deformada por el pecado, no le es posible al hombre redimirse totalmente de la tiranía del amor propio; no ha habido más que Jesucristo, entre los hombres, y María, Nuestra Señora, entre las muje-

res, que hayan estado libres de él; todos los demás, hasta los santos, han tenido que luchar contra el desarreglo de las pasiones. Todo el trabajo del alma espiritual consistirá, pues, en frenar la marcha desarreglada del amor propio, lo cual es oficio de la mortificación interior o abnegación de sí mismo, que, como enseña San Agustín, consiste en "regular los movimientos del corazón".

¡Pobre del alma cuya dirección se encuentre en manos de sus apetitos! "El enemigo más temible es el doméstico", dice San Bernardo. Enemigos nuestros son el demonio y el mundo; pero el peor de todos es nuestro amor propio.

Decía Santa María Magdalena de Pazzi: "El amor propio es para el alma el gusano que va royendo las raíces de la planta, hasta que le priva, no sólo de frutos, sino también de vida".

Y en otra parte dice: "El mayor traidor que tenemos es el amor propio, que, al estilo de Judas, entrega besando y abrazando a la víctima: el que lo vence lo ha vencido todo. Si no os atrevéis a despacharlo de un golpe, idlo envenenando".

Recemos, pues, siempre con las palabras de Salomón: *No me entreguéis, Señor, en manos de un espíritu irreverente y sin freno* (Ecli.23,6); es decir, no me dejéis en poder de mis pasiones, que forcejean por arrancarme vuestro amor y hasta lo que tengo de racional.

Necesidad de la lucha

Toda nuestra vida tiene que ser una lucha perpetua (Job. 7,1). Ahora bien: teniendo enfrente al enemigo, no es posible dejar las armas de la mano, porque en el momento en que se abandonaran las armas sobrevendría la derrota. Y es preciso advertir que, a pesar de las pasadas victorias del ama sobre las pasiones, no se puede levantar el campo, porque las pasiones humanas podrán ser vencidas, pero no mueren.

"Creedme -decía San Bernardo-: las cortáis, y vuelven a retoñar; las hacéis huir, y vuelven a hacer frente". No podemos aspirar a otro resultado que a conseguir que ataquen menos y con menos violencia, de modo que nos sea más fácil la victoria.

Fue cierto monje un día en busca del abad Teodoro y, habiéndole encontrado, se le quejó de que hacía ya ocho años que estaba luchando contra sus pasiones y era hora en que no las había podido matar. Teodoro le respondió: "Hermano mío, ¿de una guerra de ocho años te quejas? Yo he pasado sesenta años en el yermo y no he tenido un solo día libre de algún ataque de mis pasiones". Las pasiones nos molestarán siempre; pero bien dice San Gregorio que "una cosa es ver las fieras y otra tenerlas en la cueva del corazón"; una cosa es oír sus rugidos y otra sentir que nos destrozan a dentelladas.

Sin mortificación no hay perfección

En nuestro corazón, como en los jardines, nacen siempre hierbas salvajes y venenosas; es, pues, necesario tener siempre en la mano el zarcillo de la santa mortificación, para arrancarlas y arrojarlas fuera del jardín, de lo contrario, el alma acabará por convertirse en un campo de maleza y de espinas.

"Véncete a ti mismo". Ese era el gran principio de San Ignacio de Loyola y el asunto ordinario de las conferencias familiares a sus religiosos: venced el amor propio, quebrad la propia voluntad. Y aseguraba que muy pocas, aun entre las almas de oración, se hacían santas, porque eran muy pocas las que se aplicaban a vencerse a sí mismas. "De cien personas de oración -solía decir-, más de noventa obran por propia voluntad". Y consecuente con sus principios, daba más importancia a un acto de mortificación de la propia voluntad que a muchas horas de oración rebosantes de consuelos espirituales.

"¿Qué gana una plaza con tener las puertas cerradas -dice Gilberto-, si dentro está el gran enemigo, el hambre, cubriéndola de luto?" ¿De qué sirve mortificar los sentidos externos y hacer muchas devociones, si se fomenta en el corazón aquella pasión, aquel culto a la propia voluntad, aquel rencor, o cualquier otro enemigo que lo va arruinando?

* * *

Decía San Francisco de Borja que la oración introduce en el corazón el amor divino; pero la mortificación es la que lo prepara, sacando de él la tierra que le impediría entrar.

Si uno va a la fuente por agua, necesita desocupar antes de tierra el cántaro, si no quiere llevar barro en vez de agua.

El padre Baltasar Alvarez escribió esta gran sentencia: "Ejercicios o actos de oración sin mortificación, o son ilusorios o no son de duración". Y San Iganacio de Loyola decía "que más se une con Dios el alma mortificada en un cuarto de hora de oración que la no mortificada en largas horas": y cuando oía que alababan a alguno como alma de mucha oración, concluía: "Es señal de que tendrá también mucha mortificación".

Hay personas que abundan en oraciones, meditaciones, comuniones, ayunos y otras penitencias corporales; pero dejan a un lado el vencimiento propio y el de sus pasioncillas, resentimientos, aversiones, curiosidad, aficiones peligrosas; no saben sufrir las contrariedades, o despegarse de ciertas personas, o sujetar su voluntad a la obediencia o a la divina voluntad. ¿Qué progresos podrán hacer tales personas en las vías de la perfección? Se hallan siempre con los mismos defectos y "corriendo fuera del camino", como dijo San Agustín; corren, o mejor dicho, tienen la ilusión de que corren, practicando sus ejercicios de piedad; pero en realidad están siempre fuera de la senda de la perfección, que consiste en vencer-

se a sí mismo, según aquellas palabras de Tomás de Kempis: "Tanto adelantarás cuanta sea la violencia que te hagas".

No es que yo menosprecie las oraciones vocales, ni las penitencias, ni ningún otro ejercicio espiritual; pero todos ellos deben servir para ayudar al alma en la lucha contra las pasiones, pues no son otra cosa que medios para practicar la virtud, y por eso las comuniones, oraciones, visitas al Santísimo y demás ejercicios, deben servirnos para pedir al Señor que nos dé fuerzas para ser humildes, mortificados, obedientes y dóciles al querer divino. Obrar sin más motivo que la propia satisfacción no es lícito a ningún cristiano. Pero mucho menos a un religioso, que hace especial profesión de mortificarse y hacerse perfecto.

"Dios -escribe Lactancio- llama a la vida por el dolor; el demonio nos llama a la muerte por el placer"; es decir, que Dios nos llama al cielo por la mortificación, y el demonio al infierno por la propia satisfacción.

En qué consiste la mortificación interior

Debemos tener el ánimo desprendido hasta de las cosas espirituales, de tal forma que cuando no las acompañe el éxito o se oponga a ella la obediencia, sepamos prescindir de ellas de buen grado y sin ninguna inquietud. Todo apego a nosotros mismos nos impide la perfecta unión con Dios. Tomemos, pues, con voluntad resuelta el asunto de contrariar nuestras

pasiones y de no dejarnos nunca dominar por ellas.

Lo mismo la mortificación externa que la interna son necesarias para la perfección, pero con esta diferencia: que en la externa nos debe guiar la discreción; pero para la interna no hace falta discreción sino fervor. ¿De qué sirve castigar al cuerpo, si no se castigan las pasiones del alma? "¿De qué sirve -pregunta San Jerónimo- extenuarse con ayunos, si el alma está hinchada de soberbia? ¿De qué sirve privarse de vino, si el corazón está borracho de odio?" ¿Para qué los ayunos, si se alimenta el alma de soberbia, no pudiendo sufrir una palabra de desprecio o una negativa? ¿Para qué abstenerse de vino, si se embriaga uno de ira contra el primero que le injuria o le hace alguna oposición?

Con razón compadecía San Bernardo a los religiosos que visten muy pobremente, pero acarician y fomentan en el alma las pasiones: "Estas -decía- no se desnudan de sus vicios, sino que los cubren con hábitos de penitencia.

* * *

En cambio, tratando ante todo de mortificar el amor propio, en poco tiempo nos podemos hacer santos, sin peligro de quebrantar la salud ni de sentir movimientos de soberbia, pues sólo Dios es testigo de los actos internos. ¡Qué hermosa cosecha de actos de virtud y de méritos proporciona el ahogar antes de que nazcan los vanos deseos, y vencer los apegos, las

enemistades, la curiosidad, el afán de ser gracioso y cosas semejantes!

Cuando contradicen vuestra palabra, ceded con gusto, mientras no esté interesada la gloria de Dios; con aquel puntillo de honra haced un sacrificio para Jesucristo. Si recibís una carta, refrenad las ansias de abrirla, y no la leáis hasta dentro de un rato. En la lectura de un libro, ¿os apasiona el desenlace de un episodio? Dejadlo para después. ¿Tenéis deseos de soltar un chiste, o de arrancar una flor, o de conservar tal objeto? Privaos de ello por amor a Jesús. Actos como éstos se pueden hacer por miles cada día.

Refiere San Leonardo de Puerto Mauricio que una sierva de Dios hizo ocho actos de mortificación en la insignificante acción de tomar un huevo, y vio en revelación que con ellos había ganado ocho grados de gracia. Y sabemos que San Dositeo llegó a gran altura de perfección en poco tiempo con la práctica de la mortificación, pues siendo de una complexión enfermiza no podía ayudar ni practicar otros ejercicios de comunidad: como, a pesar de eso, le veían los monjes adelantado en la unión con Dios, le preguntaron un día, llenos de admiración, cuáles eran sus ejercicios de virtud. Respondió que su gran ejercicio era la mortificación de su propia voluntad.

* * *

"El día que se pasa sin alguna mortificación es día perdido", decía Santa María Magdalena de Pazzi.

Para enseñarnos cuán necesaria nos es la mortificación, quiso Jesucristo llevar una vida mortificada, privada de todo alivio sensible y abundante en penas e ignominias; por lo que Isaías lo pudo llamar *Varón de dolores.* Bien pudo el divino Redentor salvar al mundo sin privarse de honores y deleites; pero prefirió redimirlo con dolores y desprecios: *habiéndosele propuesto una vida de alegría,* renunció a ella, para darnos ejemplo, *y se abrazó con la Cruz* (Heb. 12.2).

Ya San Bernardo, o más probablemente San Buenaventura, escribió: "Por más que revuelvas la vida de Jesucristo, nunca lo encontrarás sino en la Cruz". El mismo Jesucristo reveló a Santa Catalina de Bolonia que desde el seno de María comenzó a sufrir los dolores de su pasión. Para nacer escoge el tiempo, el lugar y la hora que más le hicieran sufrir; para su vida, el estado de vida pobre, oscuro y desdeñado, y para morir, la muerte más dolorosa, más afrentosa y más desolada que podía escoger. Decía Santa Catalina de Sena que Jesucristo se abrazó a los dolores de su vida para sanarnos a nosotros, pobres enfermos, como una madre toma medicinas amargas para que cure, al tomar el pecho, su niño enfermo.

* * *

Escuchemos la palabra de Jesucristo, que nos dice: *Yo voy al monte de la mirra*,(Cant. 4,6), y aceptemos la invitación que nos hace de seguir sus pisadas: "¿Vienes al Crucificado?" - pregunta San Pedro

Damiano-. Pues debes venir crucificado o dispuesto a ser crucificado". Y el mismo Jesucristo, hablando especialmente de sus esposas las vírgenes, dijo a la beata Bautista Varani: "El Esposo Crucificado quiere la esposa crucificada".

Reglas de mortificación

Descendamos ahora a la práctica y veamos las reglas más eficaces para conseguir la verdadera mortificación.

Primera Regla.- *Conocer la pasión dominante* que es causa de nuestros pecados y trabajar por vencerla. Enseña San Gregorio que debemos emplear para vencer al demonio la misma táctica que emplea él para vencernos. El procura fomentar en nosotros las pasiones a las que estamos más inclinados; pues nosotros debemos procurar aniquilarlas. Quien consigue vencer la pasión dominante, fácilmente vencerá las demás; por el contrario, mientras ella domine no hay progreso posible a la perfección. "¿De qué le sirven las alas al águila, mientras está sujeta por las patas?", dice San Efrén. ¡Y cuántas son las almas que, como águilas reales, podrían mover sus alas magníficas en vuelo hacia Dios; pero por estar atadas a cualquier apego terreno, no sólo no vuelan, sino que ni avanzan siquiera en la perfección!

Escribe San Juan de la Cruz: "¿Qué importa que esté un ave asida a un hilo delgado que a uno grue-

so?; porque, aunque sea delgado, asida se estará a él como al grueso, en tanto que no le quebrante para volar".

Pero no es eso sólo; lo peor es que el alma que se deja dominar por las pasiones, además de no adelantar, se pone en grave peligro de perdición. Es, pues, urgente que domine aquella pasión a la cual se siente más inclinada; mientras no consiga eso, de poco le servirá el mortificarse en otras cosas.

Habrá, por ejemplo, quien no sienta afición al dinero, y será, en cambio, grandemente celosa de la propia estima; si ésta no trabaja por recibir bien las humillaciones, de poco le servirá su desprendimiento del dinero; mientras no mortifique sus deseos de grandeza, de poco le valdrá la aceptación de la pobreza.

* * *

Resolveos, pues, hermanos, a luchar resueltamente contra aquella pasión que predomina en vosotros. Una voluntad enérgica, con la gracia de Dios, que nunca falta, va siempre a la victoria. San Francisco de Sales era de temperamento irascible; pero tanta violencia se hizo, que llegó a ser un ejemplar de mansedumbre y de dulzura, como se ve en su vida, en tantas ocasiones en que Dios permitió que fuese cargado de injurias y groserías.

Luego que esté dominada una pasión, se pasará a luchar con otra, pues una sola que quedara en el alma

bastaría para arruinarla. Es sentencia de San José de Calasanz: "Aunque hubieras vencido las demás pasiones, una sola que reine bastará para quitarte la paz". y San Cirilo de Jerusalén escribió: "Por nueva que esté una nave, para nada sirve si tiene abierta brecha en la quilla". Y San Agustín: "Sin levantar el pie de encima del que está vencido, sigue luchando con el que aún resiste".

Segunda regla.- *Dominar las pasiones antes de que cobren fuerza.* Una vez que se han robustecido con el ejercicio, resulta mucho más difícil la victoria: "Si no quieres que tome fuerzas la pasión, aplástala al despuntar", dice San Agustín.

Hay una persona, por ejemplo, que cada vez que tiene un encuentro con otra siente la tentación de decirle alguna palabra mordaz, o, por el contrario, tiene gusto en mirar a alguna persona que le atrae; pues es necesario que resista desde el principio, porque, si aquella pequeña herida que comienza a abrirse se la descuida, se convertirá en una úlcera incurable, dice San Efrén.

Eso es lo que prácticamente enseñó un monje antiguo en el ingenioso ejemplo que refiere San Doroteo. Mandó dicho monje a un discípulo suyo que arrancara un ciprés joven, y de un tirón lo arrancó sin esfuerzo; luego le mandó arrancar otro ciprés más talludito, y ya el discípulo del monje necesitó echar toda la fuerza para arrancarlo, y, por fin, le mandó arrancar un viejo ciprés de raíces profundas; pero

aquí, después de muchos sudores, el joven se dio por vencido. Y el monje entonces habló así: "Ahí tenéis una gran imagen de lo que son nuestras pasiones; cuanto es fácil desarraigarla al principio, es difícil después de que, por la mala costumbre, han cobrado pujanza".

Y, en realidad bien nos lo enseña la experiencia. Una persona recibe una afrenta; es inevitable un movimiento de indignación; pero si apaga esa chispa primera, y calla, haciendo un sacrificio por amor de Dios, no habrá incendio, y ella habrá quedado ilesa y con méritos; pero si sigue aquel primer ímpetu, y se dedica a darle vueltas al caso, y llega hasta exteriorizar su sentimiento, aquella chispa se convertirá con el tiempo en un incendio de odio.

A otra le nace en el corazón una aficioncilla a otra persona; si al notarlo se aleja de ella, aquel afecto se desvanecerá; pero si se deja llevar por el corazón, sin tardar mucho, aquel afecto habrá degenerado en pecaminoso y hasta en mortífero. Es cuestión vital el guardarse con todo cuidado de alimentar a las fieras que tratan de devorarnos.

Tercera regla.- *Cambiar el objeto de la pasión*; es una regla que da Casiano para que, de nocivas y viciosas, se cambien las pasiones en provechosas y santas.

Así, una persona se siente inclinada a querer a aquellos que le hacen algún favor. Cambie de objeto y sea su pasión el amor a Dios, pues Dios es infini-

tamente amable y más que nadie le ha colmado de beneficios. Otra se siente inclinada a irritarse contra los que le contrarían; pues dirija la indignación contra sus pecados, que son los enemigos que mayor daño le han causado, mayor que el que puedan hacerle todos los demonios del infierno. Habrá quien tenga gran ilusión por los honores y los bienes temporales; pues que ponga su ilusión en las riquezas y en los honores del cielo.

Para obrar así hay que cultivar la meditación sobre las verdades que la fe nos enseña; hay que darse a frecuentes lecturas espirituales; hay que rumiar continuamente las verdades eternas, y, sobre todo, hay que fijar bien en el alma ciertas máximas fundamentales del espíritu, como son:

Nada merece amarse fuera de Dios. El pecado es el único mal que debe odiarse.

Todo lo que Dios quiere es bueno.

Todo lo de acá abajo pasa.

Más mérito hay en levantar una paja del suelo por voluntad de Dios que en convertir a todo el mundo contra su voluntad.

Hay que vivir como querramos haber vivido a la hora de la muerte.

Hay que vivir en el mundo como si no existiéramos más que Dios y nosotros.

Al que tiene el alma llena de pensamientos y convicciones santas, poco le molestan las cosas terrenas: siempre se halla fuerte para resistir a las malas inclinaciones; así han hecho los santos, y por eso, pues-

tos ante la ocasión, eran como insensibles a los bienes o males de la tierra.

Sobre todo, el que quiera vencerse a sí mismo y no dejarse dominar por las pasiones, debe pedir siempre la ayuda de la gracia divina: *El que pide, recibe* (Lc. 11,20). Pidamos sobre todo a Dios que nos conceda su amor: amando a Dios todo es fácil.

Buenas son las consideraciones y las razones para practicar la virtud; pero ayuda más a cumplir la voluntad de Dios una centellita de su amor que una larga serie de razones y consideraciones. Obrar a fuerza de razones es lento y penoso; pero lo que no cansa al amor es hacer lo que le gusta al amado.

I

LA PACIENCIA

DE LA PACIENCIA EN GENERAL

¿Cómo definir al paciencia?

La paciencia es la obra perfecta (Sant,1,4) que ofrecemos a Dios, porque sufriendo tribulaciones y contrariedades no ponemos nada que sea nuestro en ese sacrificio, sino que nos limitamos a aceptar de la mano de Dios las cruces que nos manda: *el que sufre*

con paciencia es más heroico que los hombres más fuertes (Prov.16,32)

Los hay que son fuertes para cumplir con una obra piadosa o para promoverla, pero no tienen paciencia para sufrir la adversidad; más ganarían con aprender a sufrir la adversidad; más ganarían con aprender a sufrir que con emprender tales obras.

Esta tierra es lugar de merecer, por lo cual no hay que pensar en descanso, sino en fatigas y en sufrimientos; que no es descansando como se ganan méritos, sino padeciendo, y por eso todos, juntos y pecadores, mientras viven aquí abajo, tienen algo que sufrir.

A éste le falta una cosa; otro tiene fortuna, pero no tiene nobleza; y el de más allá tiene nobleza y fortuna, pero no tiene salud. En resumen: que todos, aunque sean reyes, tienen que sufrir, y éstos más todavía que los otros, pues siendo ellos grandes en la tierra, son también grandes sus trabajos.

Todo nuestro interés se concreta, por consiguiente, en sufrir las cruces con paciencia; por lo cual el Espíritu Santo nos avisa que no nos hagamos semejantes a las bestias, las cuales se irritan cuando no pueden satisfacer sus apetitos: *No seáis como el caballo y el mulo, que carecen de inteligencia* (Sal.31,9).

Además, ¿qué se saca con impacientarse en las contrariedades, sino duplicar el sufrimiento? Juntos sufrían y pendientes de igual madero, el bueno y el mal ladrón; pero el bueno se salvó porque abrazó con paciencia el dolor, y el malo se condenó porque se

revolvió contra él; y es que, como explica San Agustín, "el mismo golpe que al bueno lo lleva a la gloria, hace del malo una brasa del infierno, porque aquél lo sufre con paciencia y éste lo sufre sin resignación.

Necesidades de la paciencia

Pero con frecuencia sucede que el que forcejea por librarse de la cruz que Dios le envía da con otra cruz mucho más pesada. *Huyen de la helada* -según Job- *y caen aplastados por la nieve.*

Persuadámonos de aquella sentencia de San Agustín: "Que la vida del cristiano ha de ser una cruz continua". Pues con mucha más razón lo será la vida de todos aquellos que quieren hacerse santos. Según San Gregorio Nacianceno, estas almas escogidas ponen su riqueza en la pobreza, su gloria en los desprecios y su deleite en privarse de todo deleite terreno. San Juan Clímaco pregunta: "¿Cuál es el verdadero cristiano?" Y responde: "Aquel que se hace perpetua violencia". -¿Y hasta cuándo ha de durar esa violencia? Y responde San Próspero: -Hasta el fin de la vida. Se acabará la lucha -dice- cuando se haya obtenido la victoria".

¿Recordáis haber ofendido a Dios en lo pasado? Pues si lo recordáis y deseáis salvaros, debe ser para vosotros un verdadero consuelo el ver que Dios os da algo que sufrir. "El pecado -escribe San Juan Crisóstomo- es un tumor purulento; el dolor es el hie-

rro que saja; el pecador que no es probado por la adversidad es un desgraciado".

Dios es padre en las pruebas

Tened, pues, muy presente que, cuando el Señor os da que sufrir, os trata, en expresión de San Agustín, como un médico, y la tribulación que os manda no es castigo de vuestra culpa, sino remedio para vuestra salvación. Por lo cual debéis dar gracias a Dios cuando os prueba con alguna pena, *porque es una señal de que os ama y os recibe como a hijos suyos* (Heb. 12,6)

"¿Eres feliz? -pregunta San Agustín-. Reconoce en ello al Padre que te mima. ¿Estás atribulado? Reconoce al Padre que te corrige". El mismo Santo Doctor exclama: "Pobre de ti, si después del pecado, Dios te suprime toda tribulación en esta vida, porque es señal de que no te acepta por hijo". No digáis, pues, cuando sentís el peso de la tribulación, que Dios os tiene abandonados; decid, más bien, que os habíais olvidado vosotros de vuestros pecados. El sabe que ha ofendido a Dios debe hacer aquella súplica de San Buenaventura: "Corred, Señor, corred, y señalad a vuestros siervos con vuestras llagas sagradas, para que no sean señalados con otras llagas de muerte".

Paciencia humilde y alegre

Tengamos la plena seguridad de que Dios, al mandarnos las cruces, no quiere perdernos, sino salvarnos; si no ceden en nuestro bien, la culpa no es de Dios, sino nuestra.

San Gregorio explica así aquellas palabras de Ezequiel: *En medio del horno los encontré convertidos en hierro y en plomo.* Es como si dijera el Profeta: "He querido convertirlos en oro con el fuego de la tribulación, pero se me convirtieron en plomo"

Tales son aquellos pecadores que, después de haber merecido muchas veces el infierno, al verse bajo el peso de la prueba se impacientan, se irritan y parece como que tratan a Dios de injusto y de tirano; y los hay que llegan a decir: "Pero, Señor, ¿no os ha ofendido nadie más que yo? Porque parece que conmigo sólo la habéis tomado; yo soy débil, yo no puedo llevar la enormidad de esa cruz".

¡Desgraciado! Piensa lo que dices; preguntas "si eres tú solo el que ha ofendido al Señor". Si los demás le han ofendido y Dios los quiere perdonar, también los castigará en esta vida. ¿ No sabes que el mayor castigo que Dios da al pecador es el no castigarlo en la tierra? Así lo declara el Señor por el Profeta Ezequiel: *Mi cielo te abandona y ya no te haré sufrir más en esta vida* (Ezeq. 16,57).

Pero declara San Bernardo que "cuando peor se irrita el Señor es cuando no se irrita contra el pecador. Señor Padre de las misericordias, yo quiero que

os irritéis contra mí"; es decir, yo quiero que me castiguéis en esta vida por mis pecados, para que después me libréis del castigo eterno.

Dices que no tienes fuerzas para llevar esa cruz; pues si no la tienes, ¿por qué no las pides a Dios? El prometió dar su gracia a quien se la pidiere: *Pedid y se os dará* (Mt. 7,7).

Las tribulaciones sirven de purgatorio

Vosotros, pues, hermanos benditos, cuando os sintáis probados por Dios con alguna enfermedad, alguna pérdida o alguna persecución, humillaos y confesad con el buen ladrón: *No hacemos más que sufrir lo que merecemos*. Humillaos, pero consolaos también, porque si Dios os castiga en esta vida, es señal de que os quiere perdonar en la otra. *Este es mi consuelo* - decía Job-. *que el Señor que ahora me aflige me perdonará en la otra vida* (Job. 6,10).

¡Oh Dios mío!, ¿cómo puede quejarse de que le mandéis alguna cruz el que ha merecido el infierno? Aunque no se padeciera en el infierno más que un dolor ligero, siendo, sin embargo, eterno, deberíamos sufrir con gusto cualquier dolor temporal por librarnos del eterno; pero no es así, porque en el infierno se sufren todos los dolores, y todos son inmensos, y todos son eternos.

Supongamos que habéis conservado siempre la inocencia bautismal, y nunca habéis merecido el infier-

no; pero habréis merecido, sin duda, un largo purgatorio.

¿Y sabéis lo que significa *pena del purgatorio*? Pues Santo Tomas sostiene que el fuego que atormenta a las almas benditas es el mismo fuego que atormenta a los condenados; y San Agustín afirma que "aquel fuego es más terrible que cualquier otro dolor que pueda existir en la tierra". Pues si así es, debéis aceptar con gusto en esta vida un dolor que os libra de los dolores de la otra vida; sobre todo considerando que, con las cruces llevadas pacientemente en esta vida, ganaréis méritos que no ganaréis en la otra sufriendo infinitamente más.

Merecen el cielo

Otro motivo de consuelo en los sufrimientos debe ser la esperanza del Paraíso. Decía San José de Calasanz: "Para ganar el cielo, todo trabajo es poco". Y antes lo había dicho el Apóstol: *No tienen proporción los sufrimientos de este mundo con la gloria futura que un día se revelará en nosotros* (Rm. 8,18).

Bien se podrían sufrir todas las penas de esta vida por ganar un momento de cielo; pero ¡cuánto más se deben sufrir las cruces que Dios envía, sabiendo que *este breve padecer da el fruto de una eterna felicidad*! (2 Cor. 4,17).

No debemos, pues, entristecernos, sino más bien consolarnos en el Espíritu Santo, cuando nos vemos víctimas de la prueba de esta vida; cuantos más méri-

tos acumulemos, mayor será el premio; esa es la razón de las cruces que Dios nos envía. Las virtudes, que son manantial de méritos, fructifican por medio de los actos: el que más ocasiones de sufrimiento tiene, tiene también más ocasiones de paciencia; el que más injurias recibe, hará más actos de mansedumbre; por eso escribía el apóstol Santiago: *Bienaventurado el que sufre la tribulación, porque cuando salga de la prueba recibirá la corona de la vida* (Sant. 1,2).

Los santos

Este pensamiento hacía decir a San Agapito, jovencito mártir de quince años, cuando el verdugo le cercó la cabeza con carbones encendidos: "Poca cosa es que sea quemada esta cabeza que en el cielo va a ser coronada de gloria".

Y Job exclamaba: *Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no hemos de recibir los males*? Es decir, si recibimos con alegría los bienes temporales, ¿por qué no hemos de recibir con mayor alegría aún los males temporales, que nos hacen merecer los bienes eternos del Paraíso?

Este pensamiento es el que llenaba de júbilo a aquel pobre ermitaño que un soldado encontró en la espesura de una selva, convertido en una llaga viva; mientras se le caían las carnes a pedazos, el solitario cantaba. El soldado le preguntó: "-Pero ¿eras tú el que cantaba? -Sí respondió el solitario-, yo era el que

cantaba; pero no os extrañe; canto porque este muro de barro, que es mi cuerpo, es lo único que se interpone entre Dios y yo; veo que ahora se va cayendo a pedazos, y por eso canto, porque ya se acerca la hora de ir a gozar de mi Señor".

Ese es el pensamiento que hacía exclamar a San Francisco de Asís: "Es tan grande el bien que espero, que todo dolor me da consuelo".

En una palabra: todos los santos se llenan de consuelo cuando se ven afligidos en esta vida, y se entristecen, en cierto modo, cuando se ven en prosperidad.

De la M. Isabel de los Ángeles se cuenta en las Crónicas Carmelitanas que cuando, en el Oficio Divino, llegaban a aquellas palabras: *¿Cuándo me consolarás?*, las decía tan apresuradamente, que se adelantaba a las demás hermanas; le preguntaron la razón, y contestó: "Temo que me consuele Dios en esta vida".

Una señal de predestinación

El padecer tribulaciones en la presente vida es una gran señal de predestinación. "Los escogidos -según San Gregorio- tienen que ser triturados aquí para que puedan después gozar en la eternidad". Las aflicciones y los desprecios acá abajo son el sello de los escogidos, para los que está reservada la eterna bienaventuranza. Basta recorrer las *Vidas* de los santos para ver que todos, sin excepción, han estado carga-

dos de cruces en la tierra, como escribía San Jerónimo en una carta a la virgen Santa Eustoquia: "Busca, y verás cómo todos los Santos padecieron la adversidad; solamente Salomón nadó en delicias, y, por eso, quizás se perdió".

Santa Teresa de Jesús explicando aquellas palabras del Padrenuestro: *"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"*, afirma que cuando se dicen de corazón y se determina uno de verdad a hacer lo que Él nos pida, no hemos de tener miedo de que Dios nos mande placeres y contentos, sino cruces y trabajos, que serán tanto mayores cuanto mayor sea nuestra determinación y voluntad para sufrirlos. Estas son sus palabras:

"Os voy a decir cuál es su voluntad: No tengáis miedo que sea daros riquezas, ni deleites, ni honras, ni todas esas cosas de acá; no os quiere tan poco y tiene en mucho lo que le dais (al darle vuestra voluntad) y os lo quiere pagar bien, pues os da su reino aun mientras vivís acá.

¿Queréis ver cómo se comporta Dios con los que de veras le dicen "*Hágase tu voluntad*"? Pues preguntadselo a su Hijo glorioso, que fue quien de veras se lo dijo en la oración del Huerto. Como fue dicho con determinación y de toda voluntad, mirad si la cumplió bien en El en lo que le dio de trabajos y dolores e injurias y persecuciones; en fin, hasta que se le acabó la vida con muerte de cruz.

Pues aquí veis, hijas, a quien más amaba lo que le dio, por donde se entiende cuál es su voluntad. Así

que éstos son sus dones en este mundo. De ellos da conforme al amor que nos tiene; a los que ama más, da de estos dones más, y a los que ama menos da menos. Los da conforme al ánimo que ve en cada uno y el amor que tiene a su Majested. Quien le amare mucho verá que puede padecer mucho por El, y el que le amare poco, podrá poco. Tengo yo para mí que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña es la medida del amor"· (Cm. de Perf. c.32).

Los predestinados -dice el Apóstol- *han de asemejarse a la imagen del Hijo de Dios;* ahora bien, la vida de Jesucristo fue un sufrimiento continuo; *deberemos por lo tanto, padecer con El* -asegura San Pablo, *si queremos ser también con El glorificados* (Rm.8,17).

Nos desprenden del mundo

Pero se requiere que llevemos los sufrimientos con paciencia, como Jesucristo, que *era maldecido y no maldecía, era perseguido y no se vengaba* (1 Ped. 2,23). Dice San Gregorio que, así como el sufrir con resignación es una señal de predestinación, así el sufrir con impaciencia es señal de reprobación. Y Nuestro Señor nos advierte que el único camino de la salvación eterna es el sufrimiento resignado: *Con la paciencia poseeréis vuestras almas* (Lc. 21,9).

Persuadíos de que Dios os envía la tribulación porque quiere vuestro bien; solamente trata de hacer que os desprendáis de los deleites terrenos, que pondrían

en peligro vuestra eterna salvación. "Si siendo el mundo tan amargo -discurre San Agustín- todavía lo amamos, pensad cómo lo amaríamos si fuera sabroso", se le ama a pesar de sus deleites incapaces de llenar el corazón humano, a pesar de los remordimientos de conciencia que suscitan; pues si fuera todo dulzura, de tal modo lo amaríamos, que dejaríamos olvidados el cielo, el alma y a Dios. Para que eso no suceda, pone Dios hieles en la copa; así hace la madre con el niño al que quiere destetar: pone acíbar en los pechos hasta que el niño los aborrece. Dios hace que los mismos deleites de la tierra nos amarguen, para que lleguemos a aborrecerlos y suspiremos por los deleites eternos que tiene preparados en el cielo para todos los que le aman.

El mismo quiso venir a la tierra para sufrir y darnos un ejemplo que a imitar: *Cristo padeció por nosotros y os ha dado ejemplo para que sigáis sus pisadas* (1 Ped. 2.21). Y el mismo Divino Redentor nos hace un llamamiento a la Cruz: *Si alguno quiere venir en pos de Mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y que me siga* (Mt. 16,24); porque el que no quiere padecer y rechaza la cruz, no puede pretender ser mi discípulo ni seguirme hasta el cielo.

El triunfo del amor

Pero si un alma ama a Dios, debe tener en el sufrimiento el fin más noble que puede haber, que es el deseo de agradar a Dios.

Dice el Eclesiástico que *hay amigos que sólo lo son al tiempo de la prosperidad y desaparecen cuando al amigo le sobreviene la adversidad* (Ecli. 6.18). Pero precisamente la señal más infalible del amor es sufrir por el amigo; por eso no podemos hacer cosa más agradable a Dios que abrazarnos con resignación con las tribulaciones que nos manda:

La caridad es paciente, todo lo sufre bien: cruces exteriores, pérdida de la salud, de la fortuna, del honor, de los parientes, de los amigos; cruces internas, como angustias, tentaciones, dolores y desolaciones de espíritu. En la paciencia se prueba la virtud; por eso en las *Vidas* de los santos se hace resaltar, sobre todo, su paciencia en las adversidades: en la paciencia prueba Dios nuestra fidelidad.

Así como tienta el demonio, también tienta el Señor; sólo que el demonio nos tienta para perdernos y el Señor nos tienta para probarnos: *Los prueba como el oro se prueba con el crisol;* con el fuego de las tribulaciones prueba Dios nuestro amor; así que el hecho de ser un alma probada con sufrimientos es una señal de amor que Dios le tiene: P*orque eras agradable al Señor* -dijo el Angel a Tobías- *fue necesario que te probara la tentación* (Tob. 12,13). San Juan Crisóstomo afirma "que cuando Dios concede a uno el poder de resucitar muertos, no le da tanto como al prodigarle ocasiones de padecer"; y lo explica el Santo: "Cuando nos da la virtud de hacer milagros -dice-, somos deudores de Dios; pero cuando padecemos, hacemos a Cristo deudor nuestro".

* * *

¿Cómo es posible, Dios mío, que quien mira un Crucifijo y ve a un Dios expirar, sumergido en un mar de dolores y oprobios, no padezca de buen grado todos los dolores, si es que algo le ama, y no llegue a desear todas las penas por su amor?

"Toda la pena, por grande que sea -decía Santa M. Magdalena de Pazzi-, se hace agradable mirando a Jesús en la Cruz".

En cierta ocasión en que Justo Lipsio sufría horribles dolores, uno de sus amigos, para darle ánimo, le hablaba de la fuerza de los estoicos en el sufrimiento; pero él miró al Crucifijo, y exclamó: "¡Aquí está la verdadera paciencia!", queriendo decir que el ejemplo de un Dios, sufriendo por nuestro amor tan recios tormentos, bastaba por sí solo para animarle a sufrirlo todo por su amor.

"El que ama al Crucificado -escribe San Bernardo- ama también las ignominias de la Cruz".

Preguntó un día a San Eleázaro su esposa, la virgen Santa Delfina, cómo podía sufrir tantas injurias de gente villana sin dar muestras del más mínimo resentimiento, y respondió el Santo: "No creas, mi querida esposa, que soy insensible a las injurias; las siento perfectamente, pero me vuelvo a Jesús Crucificado y clavo allí los ojos, hasta que el ánimo se va encalmando".

"Todo lo hace fácil el amor", dice San Agustín; así fue que, después de haber sido herida por el amor

divino, Santa Catalina de Génova aseguraba que no sabía lo que era sufrir; aunque sufría terribles penas, parecía que no las sentía, pensando en que las enviaba Aquél a quien tanto amaba.

Se refiere también de un fervoroso jesuita que cuando sufría enfermedades, dolores o persecuciones, preguntaba: "Decidme, dolores, enfermedades o persecuciones, ¿quién os manda? ¿Os manda Dios? ¡Ah!, pues muy bien venidas, muy bien venidas". Y así nunca perdía la paz.

Una resolución

Concluyamos, pues, ya que en esta vida, queramos o no queramos, tenemos que padecer, procuremos sufrirlo todo con fruto, es decir, con paciencia. La paciencia es el gran escudo que nos defiende de todas las penas que nos proporcionan las persecuciones, las enfermedades, los reveses de fortuna y todas las demás adversidades; la fuerza del golpe la tienen que sufrir los que no están cubiertos con este escudo.

Ante todo hemos de procurar, por consiguiente, pedir a Dios el gran don de la paciencia, porque sin pedirlo no lo podremos obtener. Y por nuestra parte, cuando la adversidad se nos eche encima, procuremos violentarnos para no prorrumpir en palabras de queja o de impaciencia; cuando a una llama se le quita el aire, pronto se apaga el fuego.

El premio es de los que vencen: *Al vencedor le daré un maná escondido.*

Y, en efecto, ¡qué dulzura siente, aun en medio de la tribulación, por gracia de Dios, el que se venció a sí mismo, abrazándose sin resistencia con las cruces que el Señor le enviaba! Es una dulzura que no entienden los mundanos, pero que sienten deliciosamente las almas amantes de Dios.

"Mas sabrosa es -según San Agustín- la paz de la buena conciencia en medio del sufrimiento, que las delicias con mala conciencia".

Santa Teresa, hablando de sí misma, decía: "Mas he visto claro que no deja Dios sin gran premio, aun en esta vida, porque es ansí, cierto, que [con] una hora de las que el Señor me ha dado de gusto de Sí después acá, me parece quedan pagadas todas las congojas que, en sustentarme en la oración, mucho tiempo pasé. Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio, y otras a la postre estos tormentos... para probar a sus amadores.... antes que ponga en ellos grandes tesoros".

La voz de los santos

El que se resuelve a padecer por Dios deja de padecer; leamos las *Vidas* de los santos, y veremos cuán enamorados estaban del sufrimiento:

Santa Gertrudis declaraba que tenía tanto gusto en sufrir, que no había peor tiempo para ella como el tiempo en que no sufría.

Santa Teresa, no estaba tranquila cuando no tenía que sufrir, y solía repetir: "¡O padecer o morir!".

Santa María Magdalena de Pazzi decía más: "Padecer y no morir".

San Procopio, mártir, cuando vio que el tirano le preparaba nuevos tormentos, le dijo: "Atorméntame cuanto quieras; ¿no sabes que para el amante de Cristo no hay cosa más deliciosa que el padecer por Cristo"? De San Gordio cuenta San Basilio que, cuando le amenazaron con grandes torturas si no renegaba de Jesucristo, respondió: "Lo que siento es no poder morir más que una vez por El", y se ofreció intrépidamente a la muerte.

Santa Potamia respondió al tirano, cuando éste la amenazaba con hacerla morir en una caldera de pez hirviendo: "Sólo te pido una cosa: que no me introduzcas en la caldera de un golpe, sino poquito a poco, para que pueda padecer más por Jesucristo"; y el tirano atendió su ruego, y la pez fue cubriendo a la Santa, hasta que, llegando a la boca, le quitó la respiración y con ella la vida.

También es célebre el martirio de aquellas tres vírgenes llamadas Fe, Esperanza y Caridad, que respondieron valientemente al tirano Antíoco, cuando les amenazó con los tormentos. "Pero ¿no sabes que para un cristiano no hay cosa más apetecible que el sufrir por Jesucristo?"

A la virgen Fe la sometieron primero a los azotes, luego le arrancaron los pechos, la echaron después al fuego y, por fin, le cortaron la cabeza.

A la santa virgen Esperanza la azotaron primero con nervios de buey, le arrancaron después las costillas con garfios de hierro y, por fin, la metieron en una caldera de pez hirviente.

Cuando llegó Caridad, la más jovencita -una niña de nueve años-, el tirano creyó que con el miedo de los tormentos la vencería, y por eso le habló así: "A ver, hijita mía, si tú eres más prudente y no quieres morir atormentada como tus hermanas". Entonces, la angelical niña le respondió: "Pierde la esperanza, Antíoco; no habrá tormento que me haga renegar de Jesucristo." Al oír esto, el tirano le ató una cuerda, que la levantaba por los aires, y luego la dejaba caer en tierra una y otra vez hasta que quedaron todos los tiernos huesos magullados; después le desgarró los miembros con garfios de hierro, y cuando murió la virgencita, no quedaba una gota de sangre en sus venas.

* * *

Recordaré algún caso más moderno. Era en el Japón: una señora llamada Majencia fue sometida al tormento; uno de los verdugos le quiso aliviar el suplicio; pero ella no lo consintió. Seguía inquebrantable en la confesión de su fe; por dos veces le pusieron la espada al cuello, para acabar con ella; pero la

mártir dijo a los verdugos: "¡Dios mío! Queréis atemorizarme con la muerte, cuando es lo que yo deseo; el modo de meterme miedo sería prometerme la vida". Y diciendo esto alargó el cuello, que segó el hacha del verdugo.

Era también en el Japón: el P. Juan B. Machado, jesuita, desde la lóbrega y malsana mazmorra donde estuvo cuarenta días, sin poder reposar ni de día ni de noche, escribía a otro Padre de la Compañía: "A pesar de todo, Padre mío, estoy tan contento, que no cambiaría mi suerte por la de los más grandes monarcas de la tierra".

Y el P. Carlos Spínola escribía a sus compañeros, desde la cárcel donde tanto sufría: "¡Qué dulce es padecer por Jesucristo! Ya me han leído mi sentencia: ayudadme a agradecer a la divina Bondad el gran favor que me dispensa". Y firmaba la carta *Carlos Spínola, sentenciado por* Jesucristo. No tardó mucho en ser quemado a fuego lento; cuando se le ató al poste, cuéntase que, lleno de gratitud para con Dios, entonó el salmo *Alabad al Señor todas las gentes*, y cantándolo expiró.

* * *

-¿Y cómo podían los mártires padecer con tanta alegría?, dirá alguno. ¿No eran de carne como nosotros? ¿O es que Dios los había hecho impenetrables al dolor? -"No es la insensibilidad lo que hace el milagro -expone San Bernardo- sino el amor; no es

que no sintieran el dolor, sino que lo vencían y lo despreciaban"; porque, como se expresaba el gran siervo de Dios P. Hipólito Durazzo, S.J.: "Por caro que cueste Dios, nunca resulta caro", y San José de Calasanz decía: "No puede ganar a Jesucristo quien no sabe padecer por Jesucristo". Así es; las almas que saben el lenguaje del amor, saben encontrar en la cruz tesoros de alegría, porque saben que abrazándose con ella dan gusto a Dios.

II

DE LA PACIENCIA

EN LA ENFERMEDAD, EN LA POBREZA, EN LOS DESPRECIOS Y EN LAS DESOLACIONES.

Las enfermedades, piedra de toque

Débese practicar la paciencia, en primer lugar, en las *enfermedades*.

La enfermedad es la piedra de toque donde se contrasta el espíritu de una persona y donde se ve si es oro o sólo es oropel. Hay personas que gozando de una buena salud son alegres, sufridas, devotas; pero cuando tienen alguna enfermedad cometen mil faltas y no hay forma de poderlas consolar: pierden el humor con todos, aun con los que los asisten por

caridad; se quejan de cualquier dolor o incomodidad que sienten; no están contentos con nadie.

-Pero, es que con tanto como sufro, ¿no voy a poder siquiera quejarme y decir lo que sufro?

-Yo no os prohíbo manifestar vuestros dolores cuando son graves; pero cuando son dolorcillos ligeros es debilidad, por lo menos, el quejarse con todos y querer que todos estén haciendo lástimas en torno de vuestro dolor. Además, cuando los remedios tomados no consiguieran libraros de vuestros males, digo que no debéis impacientaros, sino que debéis conformaron resignadamente con la voluntad de Dios.

San José de Calasanz decía: "Si los enfermos tuvieran paciencia, no se oirían lamentos en las enfermerías". Salviano escribió que "muchos, con buena salud, no llegarían a la santidad". Y, en realidad, en las *Vidas* de los santos, y sobre todo de las santas, se puede comprobar cómo casi todos ellos han estado llenos de enfermedades: Santa Teresa, durante cuarenta años, no tuvo un solo día libre de dolores; y asegura Salviano que "las personas dedicadas al amor de Jesucristo suelen padecer enfermedades y están muy contentas con ellas".

Otras suelen decir: -Yo no rehuso las enfermedades: pero no me gusta tenerlas, porque me impiden comulgar y hacer oración.

-Pues os respondo punto por punto: ¿Qué es lo que buscáis acercándoos a comulgar? ¿Queréis dar gusto a Dios? Muy bien; pues si el gusto de Dios no es que

comulguéis, sino que estéis sufriendo en el lecho, ¿por qué os afligís?

San Juan de Avila escribía a un sacerdote enfermo: "Amigo mío, no tanteéis lo que hiciéreis estando sano; más cuánto agradaréis al Señor con contentaros con estar enfermo, y si buscáis como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?"

San Francisco de Sales escribía que más se agrada a Dios padeciendo que trabajando.

Decís también que, estando enferma, no podéis hacer oración. ¿Y por qué no podéis hacer oración? Comprendo que no podáis fatigaros en meditaciones profundas; pero ¿por qué no habéis de poder mirar al crucifijo y ofrecer a Jesús los dolores que sufrís? ¿Y qué oración más hermosa que la de padecer resignadas con la voluntad de Dios, uniendo vuestros dolores a los de Jesucristo y ofreciéndolos con ellos a su Eterno Padre?

Abrazaos, por consiguiente, resignadamente con todas las enfermedades que Dios os mande, si en verdad queréis darle gusto y dar buen ejemplo ¡Qué buen ejemplo da una persona que en medio de todos los dolores, y aun de los dolores del último trance, muéstrase con rostro sereno, no se queja de los médicos ni de sus hermanos, tiene una palabra de gratitud para todo el que le presta algún servicio y acepta con docilidad los remedios que le prescriben, por amargos o dolorosos que sean!

Santa Liduvina estuvo treinta y ocho años acostada en una tabla, abandonada, cubierta de llagas, traspasada de dolor, y todo lo aceptó con paciencia y sin el menor lamento.

La Beata Humillada de Florencia, franciscana, presa de violentas y dolorosas enfermedades, levantaba las manos al cielo y repetía siempre: "Bendito seas, amor mío, bendito seas".

Santa Clara estuvo también enferma durante veintiocho años, y, sin embargo, no salió de su boca el más mínimo lamento.

El santo Abad Teodoro sufrió durante toda su vida una llaga dolorosa, y estaba persuadido de que el Señor se la daba para que le estuviera siempre dando gracias, como, en efecto, lo hacía.

Cuando suframos algún dolor, echemos una mirada al ejército de mártires que vieron sus carnes desgarradas con garfios o achicharradas con planchas candentes; seguramente que eso nos dará ánimo para ofrecer a Dios todos los dolores que nos aquejan.

A la paciencia en las enfermedades debéis añadir la paciencia en el rigor de las estaciones. Cuando arrecia el frío o el calor algunas se quejan, sobre todo, si les faltan los vestidos o las comodidades que desean. No séais vosotros así; bendecid más bien a esas criaturas de Dios, que son ejecutoras de su voluntad, y cantad con el profeta Daniel: *Bendecid al Señor el fuego y el calor; bendecidle, heladas y fríos*.

Hay que aceptar la enfermedad y la muerte

Lo que sobre todo debemos aceptar con paciencia, en tiempo de enfermedad, es la muerte, cualquiera que sea su hora, y tal como Dios nos la depare.

¿Qué es, en realidad, esta vida sino una continua tempestad, donde a cada paso estamos en peligro de naufragar? San Luis Gonzaga, en la primavera de su vida, abrazóse alegremente con la muerte, diciéndose: "Ahora espero estar en gracia de Dios; no sé lo que me podrá pasar en lo venidero; así que dejo con toda alegría esta tierra, si a Dios le complace llamarme a la otra vida"

-Pero San Luis era santo -replicará alguno- y yo soy pecador.- Pues a eso os responde el Santo Maestro Avila que todo el que se encuentra en buena situación espiritual, aunque sólo sea una santidad mediocre la suya, debe desear la muerte para librarse del peligro de perder la gracia de Dios, que subsiste siempre mientras estamos en este mundo. ¿Que mayor felicidad que asegurar la gracia de Dios con una buena muerte?

-Es que yo -objetará otro- todavía no he hecho nada por mi alma, y quisiera hacer algo antes de morir-.

-Pero si la voz de Dios te llama ahora ¿Cómo crees que en lo venidero serías mejor? ¿No podría suceder que, cayendo luego en nuevos pecados, te condenaras? Y aunque por otra razón no fuera, sólo por el hecho de que la muerte nos libra del pecado, debiéramos abrazarla cuando se presenta.

En esta vida nadie se libra del pecado, por lo menos leve; por lo cual San Bernardo pregunta: "¿Por qué desear una vida que se carga más de pecados cuanto más se prolonga?

Además, si amamos a Dios, debemos desear que llegue la hora de gozar de su visión y de amarlo cara a cara en el cielo; ahora bien, si no viene la muerte a abrirnos la puerta, no tenemos entrada en aquella patria bienaventurada: eso es lo que hacia exclamar al enamorado San Agustín: "¡Ay, Señor! ¿Cuándo moriré para gozar de tu vista?"

La pobreza

Hay que practicar la paciencia, en segundo lugar, en las incomodidades de la *pobreza*, cuando se siente la privación de los bienes temporales.

"Al que Dios no llena, ¿qué es lo que le puede llenar?", observa San Agustín. Quien tiene a Dios lo tiene todo, aunque todo lo demás le falte; entonces podría decir con toda verdad: "Dios mío y todas mis cosas": por eso pudo muy bien asegurar el apóstol San Pablo: *No tienen nada los santos y lo poseen todo.* Así, pues, cuando en la enfermedad os falten las medicinas, o cuando no tengáis alimento, o vestidos, o fuego para calentaros en invierno, decid: "Dios mío, Tú sólo me bastas", y eso os consolará.

También hay que practicar la paciencia en los *desprecios* y en las *persecuciones*.

-Pero si yo a nadie he faltado -dirá alguno-, ¿por

qué he de ser objeto de tales afrentas? ¿Por qué se me ha de perseguir así? Eso no lo puede querer Dios.

-¿No sabéis lo que respondió Jesucristo a San Pedro, mártir, cuando quejándose de que estaba encarcelado decía: "¡Qué he hecho yo, Señor, para padecer esta injusticia? -¿Y qué mal hice yo?- le respondió el Crucificado-, para ser ajusticiado en una cruz?" Si nuestro Redentor, hermanos míos, quiso abrazarse con la muerte por vuestro amor, no será gran cosa que vosotros, por su amor, os abracéis con esos sufrimientos.

Es cierto que Dios no quiere el pecado de quien os persigue e injuria; pero sí quiere que vosotros sufráis por su amor, y en provecho propio aquella adversidad. "Y además -dice San Agustín- que por muy inocentes que estemos de la falta que se nos imputa, tenemos otros pecados que merecen no sólo ese, sino otro castigo mucho mayor".

Ejemplo de los santos

Todos los santos han sufrido persecución en este mundo:

San Basilio fue acusado ante el Papa San Dámaso como hereje.

San Cirilo de Alejandría fue condenado, como hereje, en un concilio de 40 obispos y depuesto de su obispado.

San Atanasio fue acusado de hechicero.

San Juan Crisóstomo fue calumniado de impureza.

A San Romualdo, ya más que centenario, se le acusó de un pecado nefando por el cual, según algunos decían, debía ser quemado vivo.

San Francisco de Sales fue infamado de sostener relaciones criminales con una cortesana. Tres años llevó sobre sí la mancha de aquella acusación, hasta que se descubrió su inocencia.

De Santa Liduvina se cuenta que entró cierto día una mujer en su cuarto y comenzó a arrojarle a la cara las injurias más horribles que se pueden decir a una mujer; y como la santa no perdía la paz acostumbrada, aquélla se enfureció más y se puso a escupirle en el rostro; y viendo que la santa tampoco se alteraba, comenzó a dar alaridos como una loca.

No hay más camino que la Cruz; *todos los que quieran vivir en Cristo Jesús* -nos advierte el Apóstol- *sufrirán persecución* (2 Tm. 3,12).

Si no queréis persecuciones -añade San Agustín- es de sospechar que todavía no habéis comenzado a seguir a Jesucristo. ¿Quién ha habido más inocente y más santo que el divino Salvador? Pues, a pesar de eso, tanto le persiguieron los hombres, que no pararon hasta verle expirar en una Cruz, desgarrado y cubierto de ignominia; he ahí por qué San Pablo, para animarnos a sufrir con resignación las persecuciones, nos exhorta: *Tened siempre presente a Aquél que padeció la persecución de los pecadores, levantados contra Él (Heb.12,3).*

Tened la seguridad de que, si sufrís con paciencia las persecuciones, Dios saldrá a vuestra defensa, y si

permitiera que en este mundo quedárais difamados, será con el fin de poder recompensar en la otra vida vuestra paciencia con honra incomparablemente mayor.

Las pruebas interiores

En cuarto y último lugar, se debe practicar la paciencia en las *desolaciones del espíritu*, que son las penas más sensibles y más duras que puede sufrir, en esta vida, un alma amante de Dios.

Cuando el alma es regalada con las divinas consolaciones, todos los dolores, las injurias, las pérdidas y las persecuciones, en vez de afligirla, le aumentan el consuelo, porque le dan ocasión de ofrecer al Señor aquellas pruebas, y unirse por ese acto de generosidad más estrechamente con su amado.

La gran desolación de un alma amante es verse sin fervor, sin devoción, sin aspiraciones, sin recogimiento, y llena de tedio en la oración y en la comunión.

Decía Santa Teresa: "Tengo para mí que quiere el Señor dar muchas veces al principio... tormentos y otras muchas tentaciones que se ofrecen, para probar a sus amadores y saber si podrán beber el cáliz y ayudarle a llevar la Cruz".

Santa Angela de Foligno, viéndose en gran sequedad, se quejaba al Señor, diciéndole que la había abandonado, y Dios le respondió: "Entonces eras más amada de Dios y estás más cercana a Él, cuando

te parece a ti que estás más desamparada".

Es achaque común a los principiantes, al verse desolados, creerse como abandonados de Dios, y pensar que no está hecho para ellos el camino de la perfección, y con eso desandan lo andado, comienzan a dar libertad a los sentidos y pierden todo lo que habían hecho.

Estad vosotros sobre aviso, no nos vaya a engañar el enemigo: en las horas de aridez sed constantes, y no abandonéis ninguno de vuestros ejercicios acostumbrados. Humillaos, y decid al Señor que así merecéis que os trate por vuestros pecados. Y, sobre todo, resignaos a la voluntad de Dios, y confiad en su divina bondad, porque entonces es la ocasión de haceros más agradables a vuestro Esposo del cielo.

¿Creéis que los santos, durante su vida, nadaron siempre en un mar de consuelos y de ternura? Sabed que la mayor parte de su vida transcurrió en desolaciones y oscuridad.

Y, por mi parte, os digo lo que me ha enseñado la experiencia: confío muy poco en las almas que rebosan de sabores espírituales, si antes no han pasado por el camino de las penas interiores, porque es muy frecuente ver que esas almas marchan muy bien mientras duran las dulzuras; pero cuando se las somete a las pruebas de la aridez, lo abandonan todo y se dan a la vida de tibieza.

* * *

"Yo no rehuso esas cruces -dirá alguno-, si esa es la voluntad de Dios; pero lo que me aflige es pensar que ese abandono sea un castigo de mi infidelidad".

Y yo os respondo "que quizá sea un castigo, como decís: y no es difícil que lo sea si habéis cometido la falta de entregar vuestro afecto a alguna criatura, porque entonces Dios, que es celoso del corazón de sus escogidos, se retira de ellos en justo castigo". Si es justo castigo, ¿no es también voluntad de Dios que lo aceptéis? Aceptadlo, pues, y trabajad, desde luego, en quitar la causa de la aridez; es decir, quitad el afecto que dísteis a las criaturas, quitad la disipación del espíritu que os lleva a hablar, a mirar y a preguntar con exceso, y daos otra vez enteramente a Dios; entonces se olvidará el Señor de vuestras infedilidades y os volverá a la gracia primera. Pero no le pidáis que os consuele con las pasadas dulzuras, sino más bien que os dé fortaleza para serle siempre fieles. Persuadíos de que Dios no os manda las desolaciones más que para vuestro mayor provecho y para contrastar vuestro amor.

Un día reveló a Santa Gertrudis que le agradaban extraordinariamente las almas "que le sirven a sus costas", es decir, con sequedades y sin ninguna dulzura sensible.

Amor fuerte quiere Dios

El amor más se prueba buscando al que huye de nosotros que correspondiendo al que nos colma de

caricias. "Si Jesús te esconde su rostro -dice San Bernardo-, no temas, todo es para bien tuyo; se oculta por cautela, no sea que comiences a engreírte despreciando a los demás...; se esconde, para que su deseo te haga buscarlo con más afán".

Mientras tanto, sed constantes en vuestros ejercicios piadosos, aunque en ellos sintáis agonías de muerte; más dolorosa que la vuestra fue la agonía que Jesús sufrió en Getsemaní. Sed constantes en buscarlo, que El no tardará en acudir para traeros el consuelo: *Espera al Señor, porque vendrá sin demora y no tardará.* Y si no os trae consolaciones, os traerá ánimo y fortaleza para amarle, sin el cebo de las presentes dulzuras: para Dios más vale amor fuerte que amor dulce.

Preparémonos con la oración

Hablando de las tribulaciones que pueden sobrevenir, enseña Santo Tomás que una de las cosas que ayudan más a recibirlas con fortaleza de alma es el pensar en que pueden venir; así preparaba Jesucristo a sus discípulos, diciéndoles: *Tendréis persecuciones en el mundo, pero no temáis: Yo he venido al mundo* (Jn. 16,33).

La razón de esta verdad escriba en que al abrazarnos de antemano con los trabajos resignadamente, reflexionamos, y los vemos ya, no como un mal, sino como un bien, respecto de la vida eterna, y esa consideración hace que el alma pierda el temor a lo que

tiene de penoso aquel trabajo. Así han hecho los santos: abrazábanse con las adversidades que veían en la lejanía, y al llegar estaban ya preparados para llevarlas con paciencia aun cuando sobrevinieran de repente.

Ejercitaos también vosotros, durante la oración, en aceptar las tribulaciones que os sobrevendrán probablemente. Y cuando hubieren venido, y os parezcan imposibles de sufrir, pedid a Dios que os conceda entonces su ayuda, y confiad plenamente en El, repitiendo aquellas palabras del Apóstol: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta* (Fil. 4,13). Estad seguros de que la oración os alcanzará la fortaleza que os falta. ¿Cómo pudieron los santos mártires soportar tan terribles tormentos y muertes tan horrorosas, sino gracias a la oración con que se encomendaban a Dios? Haced otro tanto; cuando os sintáis abrumados por el peso de la cruz, acudid sin demora a la oración. *¿Está atribulado alguno de vosotros? Pues que ore* (Sant. 5,15), exhorta el apóstol Santiago; que en cualquier trabajo o pasión que le aflija no deje de rogar, hasta que vea que el corazón recobró la calma. *Invócame en el día de la tribulación* -dice el Señor-, y *Yo te libraré, y tú me darás gloria* (Sal. 44,15). Y cuando el alma atribulada se encomienda a Dios, o alcanza de El que la libre del mal que padece, o alcanza la gracia de sufrirlo con paciencia, con lo cual el alma da gloria al mismo Dios.

Declaraba San Ignacio de Loyola que la mayor pena que le podría sobrevenir en este mundo sería la

destrucción de la Compañía, pero creía que le bastaría un cuarto de hora de oración para recobrar la tranquilidad.

En tiempo de tribulación procurad también acercaros con más frecuencia a la sagrada comunión; descubrid vuestra situación al director espiritual o a otra persona fervorosa, pues una palabra de consuelo ayuda grandemente a llevar la Cruz con paciencia.

Pero guardaos muy bien de comunicar vuestras penas con alguna persona imperfecta, porque bien pudiera ser que os perturbara más y os metiera la confusión en el alma, sobre todo cuando se trata de alguna injuria recibida o de alguna persecución actual.

Pero el medio de los medios, vuelvo a repetir, es la oración: acudid a ella; id, sobre todo, ante Jesús Sacramentado, y pedirle que os dé la perfecta conformidad con su voluntad santísima: ha prometido no dejar sin consuelo a ninguno de los que a El recurran: *Venir a Mí todos los que trabajáis y estáis fatigados, y Yo os aliviaré* (Mt. 11,28).